



Desmenuzando unos textos empapados de vida

Al final del año litúrgico

La solemnidad de Cristo Rey, con la que concluye el año litúrgico, abre una mirada a la consumación de la historia humana, cuando el Señor vendrá en gloria y recapitulará todas las cosas para devolver a Dios Padre la humanidad, y toda la creación, como trofeo de su victoria sobre el pecado y la muerte.

“Tú lo dices: Yo soy rey”. Es la afirmación que hace Jesús ante la pregunta de Pilato.

El trono de Cristo, sin embargo, es la cruz y este Rey es humilde, pobre, desnudo, sufriente; la realeza de Jesús es muy distinta de la de los poderosos de este mundo. Y sin embargo, a pesar de todas las apariencias, Él es, en realidad, el que gobierna cielo y tierra; el que tiene el poder en su mano, un poder de amor para salvar al mundo.

Un rey humilde y obediente

Esta celebración nos sitúa ante Cristo crucificado: el Señor reina desde el madero, porque en él brota la victoria de la que hace partícipe al pueblo redimido de la esclavitud del pecado. Desde ella abarca el universo, dirige el curso de la historia, y ofrece la salvación como lluvia que empapa la tierra. Es una soberanía de amor que se hace servicio sacrificado en la entrega generosa de sí mismo.

Es un monarca que, en contra del concepto que se tiene del poder de dominación en el ámbito humano y político, obedece hasta la muerte, ponién-

dose a nuestra altura a fin de ser útil a nosotros que somos sus súbditos.

No luchó con las armas, no se enfrentó a sus adversarios con la fuerza humana, sino sólo con mansedumbre y amor, dejándose quitar la vida para poder darla. Éste es el reino de Dios que Cristo Rey nos ofrece: celebremos, pues, la victoria del amor sobre todas las fuerzas hostiles del mal, y acogamos con gratitud y alegría la gracia de pertenecer a un soberano tan noble. A él nos confiamos, en el gozo de saber que este abandono nos hace libres y nos capacita a su vez para amar.

Una victoria ganada por el amor



Durante su misión, Jesús nunca se había dejado proclamar rey. Él mismo, sin embargo, afirma su realeza ante Pilato, para que quede claro que su modo de gobernar consiste en sacrificar su propia vida, para liberarnos del mal que nos oprime.

Es el siervo sufriente del profeta Isaías que se deja crucificar, para vencer con su muerte a la muerte. Es el verdadero rey que manifiesta que Dios tiene un poder soberano sobre todas las criaturas; pero es un poder de amor, y el amor vence perdiendo, soportando el peso del pecado del mundo.

Así hemos de ser también en nosotros: sigámonos-le en la obediencia, en la humildad, en el servicio de la caridad. Participaremos, de este modo, de su sacerdocio real compartiendo el misterio de su cruz, a fin de

que todos los esclavizados por el pecado sean liberados.

Con estos sentimientos concluimos el año litúrgico y lo celebramos para gloria de Dios, y en beneficio del pueblo cristiano.

Un reino para los humildes de corazón

Por tanto, todos nosotros estamos llamados a librar una batalla espiritual, para superar cualquier tipo de obstáculo que el Maligno ponga en nuestro camino de salvación y redención. De hecho, a menudo consideramos como conquista, éxito o situación favorable lo que en realidad nos aleja del Señor, porque nos dejamos capturar por lo que satisface nuestro amor propio y nuestro orgullo. El reino de Cristo, en cambio, es para los humildes de corazón; es para los que no confían en sí mismos, sino que se apoyan en Él, sabiendo que sólo pueden salvarse por pura gracia y misericordia.

Señor, Tú que eres la Verdad
líbranos de toda mentira.

Tú que ves nuestros corazones,
haznos cada vez más conscientes
de lo necesaria que nos es la conversión,
la renuncia total a los ídolos,
para volvernos sinceramente a ti.

Haz que seamos cada vez más humildes y pobres,
para acogerte como Rey y Salvador,
nuestra Paz y plenitud de nuestro gozo.

Amén.





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo pa-

ra rumiar

Sal 92, 1ab. 1c. 2. 5

El Señor reina, vestido de majestad,
el Señor, vestido y ceñido de poder.
Así está firme el orbe y no vacila.

**Tu trono está firme desde siempre,
y tú eres eterno.**

**Tus mandatos son fieles y seguros;
la santidad es el adorno de tu casa,
Señor, por días sin término.**

Los salmos 93, 96, 98 y 99, comenta san Atanasio de Alejandría en su carta a Marcelino, muestran los beneficios que se derivan de la Pasión del Señor en favor nuestro. ¿Deseas rendir culto de alabanza y acción de gracias al Señor, sigue diciendo el santo obispo? Hazlo cantando el salmo 92.

Vienen a ser una respuesta de fe a la crisis provocada por el fracaso de la dinastía davídica. En el texto griego y la Vulgata lleva la inscripción *"Salmo de David en el sexto día (ante sabbatum) cuando la tierra fue fundada"*. En este domingo, la comunidad cristiana lo utiliza para celebrar el reinado de Cristo que, aceptado en la fe, despierta la obediencia: *«Haremos todo lo que ha dicho el Señor y le obedeceremos»* (Ex 24,7).

La proclamación del reino de Dios es un tema central del evangelio. Jesús ascendió al cielo para participar personalmente en el poder real de Dios Padre: *«¡El reino del mundo ha pasado a nuestro Señor y a su Cristo, y reinará por los siglos de los siglos!»* (Ap 11,15).

Jesús llegó al triunfo que hoy celebramos, ahogándose en las aguas del sufrimiento y la muerte. Dios quiso salvar al mundo por medios débiles: *"lo débil del mundo lo ha escogido Dios para humillar lo poderoso"*. (I Cor 1, 27). Esto le llevó a San Pablo a decir: *"Si hay que gloriarse, me gloriaré de lo que muestra mi debilidad"* (2Cor 11,30).

San Benito invita a: *"escuchar, aprender, procurar estar abierto a los otros. Estos son los fundamentos de la humildad, y la humildad es la fuente del crecimiento"*. Un crecer que nos lleva al reino de los cielo en el que Cristo reina vestido de majestad y ceñido de poder.

Un reino que está sostenido por el amor fraterno.

Concluye el salmo con una afirmación importante que se hace profesión de fe: El Dios rey que detiene el paso de las aguas y mantiene al mundo con estabilidad, tiene como atributo principal la santidad y, la santidad, ha de ser el adorno de su casa que, en este caso, es la Iglesia.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Santa Ovetensis

**DOMINGO XXXIV "PER ANNUM" "B"
CRISTO-REY**

Un texto para guardar en la memoria del corazón

Daniel 7, 13-14

Seguí mirando. Y en mi visión nocturna vi venir una especie de hijo de hombre entre las nubes del cielo. Avanzó hacia el anciano y llegó hasta su presencia. A él se le dio poder, honor y reino. Y todos los pueblos, naciones y lenguas lo sirvieron. Su poder es un poder eterno, no cesará. Su reino no acabará.



Juan 18, 33b-37

En aquel tiempo, Pilato dijo a Jesús: *«¿Eres tú el rey de los judíos?»*. ... Jesús le contestó: *«Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí»*. Pilato le dijo: *«Entonces, ¿tú eres rey?»*. Jesús le contestó: *«Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz»*.